

cha de los ejércitos aliados, del mismo modo que no se preguntaron acerca de la conveniencia de retardar seis meses la conclusión del tratado de París, es decir, hasta el momento en que las potencias que se habían unido para despojarnos se desunieron al repartirse nuestros despojos, del mismo modo que de nada de esto se cuidaron, decimos, no se tomaron mayor interés por saber qué partido deberían abrazar al encontrarse en Viena. La defectuosa organización del consejo real fué causa de ello, y no la falta de luces de los hombres que le formaban. Este consejo, como se ha podido ver, era una mezcla confusa de príncipes, de ministros con cartera, de ministros sin ella, bajo la presidencia de un rey, de buen ingenio, pero distraído, perezoso, y dispuesto á dejar gobernar, aunque no á consentir á su lado un jefe del gabinete empleando su activa vigilancia en todos los asuntos: semejante consejo no podía dar más que resultados inconexos como él. Unicamente marchaban bien los negocios que se hallaban al cuidado de un ministro especial, dotado de verdadera capacidad; por eso la Hacienda, que gozaba de este privilegio, estaba admirablemente dirigida. En los otros departamentos ó ministerios, y sobre todo en el del Interior, los asuntos estaban encomendados á la casualidad, y las pasiones del partido dominante eran las que gobernaban. En cuanto á los negocios exteriores, habían sido abandonados al rey como rey y á Mr. de Talleyrand como al hombre reputado por el más hábil de Francia en esta materia; y va á verse lo que sucedió.

Las miras de Luis XVIII respecto de los negocios extranjeros, eran, según su costumbre, moderadas y bastante prudentes, pero limitadas como sus deseos (1). Dichoso por haber vuelto á entrar en el reino de sus padres y recobrarle por completo, y hasta aumentado con una ó dos plazas más y con un magnífico museo del que se cuidaba muy poco, no abrigaba deseos de acrecentarle y no se hacía la reflexión harto sencilla de que los demás Estados se habían engrandecido, al que-

(1) No hay en toda la historia de nuestro siglo un punto sobre el que los historiadores extranjeros ó franceses hayan estado más mal informados que sobre el congreso de Viena, y no hay otro más importante, puesto que en este congreso se constituyó la Europa moderna, fijándose en él un estado de cosas que ha durado ya cerca de cincuenta años. Yo escribo teniendo á la vista los documentos más auténticos, tanto extranjeros como franceses, y particularmente la correspondencia secreta de Mr. de Talleyrand con Luis XVIII y de Luis XVIII con Mr. de Talleyrand. En ella es donde se encuentra la parte anecdótica y personal de aquella gran escena, con todos los detalles que podían interesar á un rey de talento, malicioso, amigo del escándalo, y sin más preocupación que la de su origen, á la que nada igual encontraba en la tierra. Mr. de Talleyrand proporcionaba los asuntos de esta correspondencia á Mr. de la Bernardiere, quien la redactaba, y después él la copiaba de su puño. El rey le respondió frecuentemente por sí mismo, ó por medio de Mr. de Blacas. Respecto de los negocios, el duque de Dalberg era el encargado de entenderse por medio de una correspondencia oficial, con el gabinete que Mr. de Jaucourt dirigía en ausencia de Mr. de Talleyrand. Esta segunda correspondencia, menos divertida y más formal, no deja nada que desear desde el punto de vista de los negocios intrínsecos, que se encuentran en ella expuestos con una claridad, una precisión y un conocimiento de las cosas en extremo notables, aunque considerados siempre desde la situación en que la legación francesa se había colocado. No puedo citar los documentos extranjeros que me han servido, pero puedo asegurar que son igualmente auténticos y me autorizan á creer como exacta y completa la relación que va á leerse.

(N. del A.)

darse la Francia como estaba en 1792, relativamente empobrecida, y de que, si reconquistaba su superioridad, no la debería más que á los beneficios de la revolución, que no apreciaba ó apreciaba poco. Luis XVIII tenía dignidad, pero no ambición, y su único interés era conservar la paz, que le hacían grata su edad, sus achaques, sus desgracias y el cansancio de la Francia, razón por la cual no quería comprometerla. Por otra parte, la manía de mezclarse mucho en los negocios exteriores era una tradición imperial que no le agradaba, y deseaba que se representase en Viena un papel digno, pacífico y ventajoso desde un solo punto de vista, el de que se librara al trono de Nápoles de la presencia de Murat. Dejar sobre uno de los tronos de Europa la débil usurpación, cuando la fuerte había caído, le parecía una vergüenza para todas las potencias, y para la Francia un verdadero peligro.

*Flagitio addit damnum*, decía, movido por su afición á expresar sus ideas con adagios latinos; y con efecto, miraba á Nápoles como un sitio adonde podía llegar Napoleón de un momento á otro, dirigirse después con ochenta mil italianos sobre los Alpes, y desde allí sublevar todos los elementos que todavía fermentaban en Francia. Achacando las dificultades que encontraba en el gobierno interior de su reino á las intrigas y al dinero de Napoleón, se negó á abonarle la renta de dos millones estipulada en el tratado del 11 de abril y quería que le transportasen á las Azores. Después de verificada esta traslación y de estar destronado Murat, deseaba que no se confiase el ducado de Parma á María Luisa, otra inconsecuencia, otro peligro, según él, de la política europea, y pedía que se devolviese este ducado á la casa de Parma, aliada de la casa de Borbón. Por último, en su calidad de hijo de una princesa sajona, creía honroso para su corona salvar al rey de Sajonia, pero este deseo era en él muy inferior á los demás. Por ninguno de ellos habría aventurado la guerra, ni siquiera el más leve trastorno; pero no quería conseguir más que lo que pudiese conseguir la política. Admitía las alianzas como un medio, como un recurso político, pero no quería aceptar ninguna que fuese demasiado íntima, porque en su juicio esta clase de alianzas comprometían y poco á poco llegaban á suscitar la guerra. Entre las cuatro grandes potencias europeas con quienes hubiera podido aliarse, prefería por inclinación á la Inglaterra: en todas las demás hallaba algo que le disgustaba sobremanera, en la Rusia la imprudencia del soberano, en la Prusia las opiniones mucho más liberales de la nación, y en el Austria su parentesco con Bonaparte. Respecto de esto, llevaba su prevención hasta el punto de desechar una alianza de familia con la Rusia, alianza de las que hubieran podido resultar las más útiles consecuencias. No teniendo más herederos que sus sobrinos, y hallándose entre ellos el duque de Angulema sin hijos, era preciso casar al duque de Berry, si se deseaba conservar la corona en poder de la rama primogénita. El conde Pozzo di Borgo había pensado con este motivo en la unión de la gran duquesa Ana, la misma que había debido enlazarse á Napoleón, con el duque de Berry, y había tratado de que se realizara su pensamiento con su ardor habitual, presentando en su apoyo los servicios que ya había prestado la Rusia y los que en lo sucesivo podía prestar, y haciendo ostentación, en una palabra, de to-

das las ventajas que reportaría semejante matrimonio. Pero Luis XVIII, además de considerar un enlace con los Romanoff como una especie de desprestigio para la casa de Borbón, no quiso unirse ni con la Rusia ni con el emperador Alejandro, alegando para ello razones religiosas, exigiendo que la princesa abjurase antes de entrar en Francia y oponiendo á este proyecto innumerables fríos cálculos. Si hubiera tenido que escoger una alianza, hubiera preferido, como hemos indicado anteriormente, la de la Inglaterra; pero aun la de esta nación sólo la quería con la mayor reserva. Ponerse de acuerdo con Inglaterra sin comprometerse demasiado con ella, y gracias á esta armonía desembarazarse de Murat y del prisionero de la isla de Elba, conseguir la devolución del ducado de Parma á la casa de Etruria, endulzar en parte la suerte del rey de Sajonia, á esto se reducía su política. Pero por ninguno de estos motivos, excepto acaso el del destronamiento de Murat y la traslación de Napoleón á otros mares, hubiera consentido en aventurarse á suscitar serias complicaciones; estos modestos deseos los comunicó á su negociador, le dejó después en libertad de obrar como mejor le pareciese, y apenas pasó su vista por una voluminosa memoria redactada en el ministerio de Negocios exteriores con el título de *instrucciones*, y comprendiendo detalladamente los innumerables asuntos que se hallaban por resolver en Europa. El monarca la firmó casi sin leerla.

En esta memoria, Mr. de la Bernardiere, que era su redactor, y que conocía minuciosamente el estado de las cuestiones europeas, había añadido á los deseos formulados por Luis XVIII la expresión de los que abrigaba la Francia respecto de ciertos puntos. Entre estos últimos había el de impedir que las plazas de Luxemburgo y de Maguncia, que habíamos perdido, pasasen á poder de la Prusia ó del Austria. No podían efectivamente ser confiadas para nuestra seguridad más que á la Holanda ó á la Baviera. Respecto de la Italia, no era bastante alejar de ella á Murat en provecho de Fernando IV, y á María Luisa en el de la antigua reina de Etruria; era necesario resolver una cuestión de mayor interés, la de la sucesión al trono en la casa de Saboya. El viejo rey de Cerdeña no tenía hijos, y no contaba más que con un heredero, privado también de descendencia. Importaba, por consiguiente, asegurar la sucesión á la rama de Carignán, si no se quería que el Piamonte llegase á ser un día, por medio de un matrimonio, de la casa de Austria. Por último, era preciso ocuparse de los donadores franceses, entre los que figuraban en primer término algunos mariscales, y de salvar sus donaciones, si era posible, del naufragio general. Tales eran los puntos secundarios, pero muy importantes, aumentados á la tarea de nuestro ministro diplomático por el redactor de sus instrucciones.

Este ministro diplomático, este negociador, el único posible, era Mr. de Talleyrand, y se puso á su lado al duque de Dalberg, quien, por su rara sagacidad y por sus inmensas relaciones en Alemania, era el más á propósito para secundarle. Además, como ya hemos visto, la moderación de las aspiraciones de Luis XVIII facilitaba sobremanera la misión de sus dos representantes en Viena. Con efecto, si se resolvían á atenderse al tratado del 30 de mayo, si no se quería más que echar por tierra á Murat, procurar algunos dominios á la casa de

Parma y sostener al rey de Sajonia en cualquier punto de sus Estados, podía decirse que nuestros agentes contaban con la fuerza de los sucesos, y sobre poco más ó menos con la certeza de salir triunfantes. Era evidente que hallándose Murat en continua contradicción con la Europa, y no teniendo más apoyo que el del Austria, comprometida con él á sostenerle hasta que cometiera su primera falta, no tardaría en libertar á esta nación de su compromiso á causa de sus imprudencias, y sucumbiría bajo el peso de las dos casas de Borbón reunidas. También es cierto que no era tan fácil destronar á María Luisa, para colocar en su trono á la casa de Borbón, en un congreso dominado por Francisco II; pero no era imposible hallar una indemnización que ofrecer á María Luisa en la vasta extensión de la Italia; y en cuanto á la Sajonia, podía darse por seguro que el Austria no dejaría establecerse á los prusianos en Dresde ni á los rusos en la falda de las montañas de Bohemia; que todas las potencias secundarias de Alemania se sublevarían ante la sola proposición de suprimir un Estado como la Sajonia; que la Inglaterra no podría permanecer sorda á sus quejas; que el parlamento británico sobre todo se opondría á la idea de ver á la Rusia ocupar la Polonia toda entera, y que si á este conjunto de resistencias unía Francia la suya, la Rusia y la Prusia no tendrían más remedio que ceder. No había más que dejar obrar á las circunstancias para ver realizados los modestos deseos de Luis XVIII. Por el contrario, si se hubiera tratado de aprovechar estas divisiones para volver á ocuparse del tratado de París, poniéndose de parte de la Rusia y de la Prusia, el papel debía ser más trabajoso y más difícil, pero poco peligroso, y de un éxito casi seguro, porque en el fondo jamás ni el Austria ni la Inglaterra se hubieran atrevido á renovar la guerra, al ver enfrente de ellas, además de la Francia, á la Prusia y á la Rusia. Tanto empleando una política como la otra, la de una tranquila resignación con la paz de París, ó la de una mejora de fronteras conseguida á causa de la división de las potencias, el triunfo era infinitamente probable.

Sin embargo, cualquiera que fuese la política que se aceptase, se presentaba siempre una dificultad, la extremada repugnancia que experimentaría la Europa al dividirse ante nosotros, y sobre todo al darnos parte en sus asuntos, porque en todo esto habría á un tiempo para ella confusión al tener que confesarnos sus miserias interiores, y peligro al volvernos á confiar un papel considerable para utilizar nuestros servicios. En vista de esta disposición, no podía observarse en Viena más que una conducta: esperar, no impacientarse, no ponerse en evidencia, dejar dividirse los intereses y venir á nosotros después de divididos; hacer desear, en una palabra, nuestra intervención en lugar de ofrecerla: cuanto más la ofreciéramos, más temida sería, y menos nos la agradecerían. Una paciencia mezclada de firmeza era, pues, la única actitud que debiéramos tomar con grandes probabilidades de éxito, porque dos cosas eran ciertas, la división de los intereses y la necesidad que todos tenían de la Francia; y ante estas dos seguridades, la política expectante debía alcanzar el triunfo inevitablemente.

Si había un hombre eminentemente á propósito para desempeñar esta tarea, este hombre era Mr. de Talleyrand. Grande por su nacimiento, por el puesto que había

ocupado desde hacía treinta años, por su manera de vivir, por su imponente y desdeñosa apatía, habiendo casi hecho de su inercia una virtud y hasta un epigrama á un príncipe que había hecho de la actividad un vicio, parecía que si un día y en alguna parte debía alguno pecar de impaciencia, no podía ser Mr. de Talleyrand en Viena. Sin embargo, el temperamento se desvanece ante las pasiones, y el que parece el más flemático de los hombres se convierte en el más impetuoso desde que siente el aguijón de la ambición ó del amor propio. Mr. de Talleyrand debía en aquella situación probar de un modo singular esta teoría.

Con efecto, Mr. de Talleyrand había desempeñado desde quince años el principal papel en todas las reuniones europeas; había sometido á su voluntad y siempre encontrado en un puesto inferior al suyo á los representantes de las potencias que iba á ver ante sí como ministros de la Europa victoriosa. Bajo el imperio, Mr. de Metternich era en París el ministro modesto de una corte vencida y desgraciada; Mr. de Nesselrode era simple secretario de embajada. Debía ser penoso para Mr. de Talleyrand el no encontrarse al menos al nivel de estos personajes en otro tiempo tan secundarios y tan distintos, y esto debía producir en él un malestar capaz de perjudicar su posición en Viena. No molestándose por lo general ni en pensar ni en prever, apenas había tratado de inquirir si de las divisiones de la Europa podría hacer para la Francia una ocasión de mejorar su condición. Sólo se había preguntado la actitud que debería tomar en Viena la Francia tanto tiempo victoriosa y entonces vencida, y la que él debería á su vez tener para representarla. A esto se había respondido que, después de haber representado al genio todopoderoso, representar el derecho (que había definido con una frase afortunada y que había obtenido un inmenso éxito, el derecho de la *legitimidad*); representar el derecho era un papel muy digno, muy conveniente y de ningún modo inferior al primitivo. Partió, pues, para Viena resuelto á hacerse allí un buen lugar con el talismán de la legitimidad, que, aunque era bueno para infinidad de cosas, no lo era, sin embargo, para todas. Cierto que para destronar á Murat, para hacer respetar al rey de Sajonia, la palabra era muy eficaz; pero estaba lejos de ser aplicable á todas las ocasiones, porque si se tomaba en sentido completamente formal, era preciso no tratar con Bernadotte, al que las potencias se esmeraban en adular, sino con Gustavo, que recorría la Europa como un fugitivo; era preciso no admitir al representante de Fernando VII, que era rey con perjuicio de su padre Carlos IV, quien, lejos de renunciar á sus derechos, estaba pronto á hacerlos valer; era necesario, por último, llamar al congreso representantes de Génova, de Venecia, de Malta, de los antiguos electores de Colonia, de Tréveris y de Maguncia, y de otras tantas víctimas cuyos despojos se preparaban á repartirse. De este modo, se hubiera llenado el congreso de fantasmas, dejando fuera de él á los seres verdaderos y poderosos.

La palabra legitimidad, á pesar de las ideas que encerraba, á pesar de cuanto tenía de respetable, no podía servir en aquellos momentos para defender los más importantes intereses de la Francia, y hacía sonreír á los hombres experimentados, que acudían á Viena; y empleándola ó haciendo abstracción de ella según las ne-

cesidades perentorias, tocaríamos el inconveniente de ponernos bajo la influencia del Austria y de la Inglaterra, las naciones menos dispuestas á sacarnos de nuestro estado decadente; nos comprometeríamos á tener que seguir su política, y por último, en presencia de los dos grandes partidos en que iba á dividirse la Europa, nos coartaríamos la facultad que constituía nuestra principal fuerza, la libertad de elegir cualquiera de los dos para militar en él.

Con una incontestable superioridad como negociador, como diplomático, Mr. de Talleyrand se presentó, pues, en Viena animado por ideas que no eran las más á propósito para sacar partido de nuestra nueva situación. Que se presentase ante el congreso como era debido, haciendo ocupar á nuestra nación un puesto digno, nadie podía dudarlo, pero no sucedía lo mismo al tratarse de las consecuencias que produciría su manera de obrar. Sin embargo, podía asegurarse que, representada por él, la Francia no aparecería desempeñando el papel ni con la actitud de una potencia vencida y mucho menos humillada.

Mr. de Talleyrand salió de París el 15 de septiembre y llegó á Viena el 23. Este día fué el precedente al arribo de los soberanos; pero les habían precedido sus cancilleres, su estado mayor, y durante este tiempo, que no fué corto, no dejaron de suscitarse infinitas conversaciones acerca de los motivos que hacían en Viena el punto de reunión de tantos personajes. Muchas cosas que habían sido dejadas en completa obscuridad comenzaban á traslucirse. Los rusos y los prusianos, enterados de las resoluciones de sus monarcas, apenas las ocultaban. Los rusos decían en alta voz, y con una indiscreción y una jactancia singulares, que necesitaban obtener por completo la Polonia; los prusianos no manifestaban más prudencia ni más modestia, y decían que les era preciso obtener á su vez la Sajonia; y los unos y los otros parecían no creer que se pudiesen negar estas concesiones á sus inmensos servicios.

Estos deseos formulados con tanta seguridad excitaron desde el primer día una viva emoción en el congreso. Los príncipes de segundo orden, alemanes y de otros países, se insurreccionaban ante el propósito de suprimir un Estado de la misma categoría que los suyos, abrigado por un vecino ambicioso, al mismo tiempo movidos por un hecho en el que todos habían tomado parte, el de su alianza contra la Francia imperial. Los representantes de todos los Estados estaban asustados al ver á la Rusia que, á principios de siglo, no se extendía más que hasta el Vístula, avanzar hasta el Wartha y el Óder, favorecida por la complicidad de la Prusia; y al ocuparse de esto, decían claramente que conseguir aquel resultado no merecía haber echado por tierra á Napoleón ni haberle reemplazado tan pronto, tan completamente y con tanto peligro. Otra de las cosas que les incomodaba, por lo menos tanto como aquella ambición tan atrevidamente expresada, era la pretensión de concentrar, entre cuatro legaciones, las de Rusia, Prusia, Austria é Inglaterra, la dirección de los negocios, excluyendo de ellos á los demás. En vista de esto, esperaban con la mayor impaciencia á la legación francesa, y aunque no profesasen gran afecto á la Francia, sobre todo en un paraje donde abundaban los alemanes, estaban prontos á ponerse á sus órdenes con tal de que no pretendiendo nada para

si acudiese en socorro de los oprimidos, de los excluidos y de los ultrajados. Para hablar más francamente y de una vez, se hallaban dispuestos á dejarse defender, salvar y vengar por la Francia, siempre que no exigiésemos nada en premio de estos servicios.

Un poco de la calma habitual de Mr. de Talleyrand hubiera bastado para aumentar de un modo singular los deseos y no tardar en convertirlos en una verdadera pasión; pero apenas llegó á Viena nuestro embajador, no pudo permanecer indiferente al espectáculo que se presentó á la vista.

Los ministros de todas las cortes le dispensaron la acogida debida á uno de los más ilustres personajes de Europa, personaje que después de haber sido en otro tiempo representante de la victoria, lo era entonces de la legitimidad, y que además era el último tipo de aquella dignidad elegante de épocas anteriores, tan extraordinaria en los momentos de que nos ocupamos. Los diplomáticos de superior y de inferior escala le tributaron sus homenajes, le visitaban con frecuencia; pero, al tratarse de los asuntos formales, era enteramente distinto para con él su comportamiento.

Los *cuatro*, es decir, los representantes de Inglaterra, de Austria, de Prusia y de Rusia, sin dejar de guardarle las mayores atenciones, le hablaron muy poco de los negocios, y le hicieron comprender que no se hallaban dispuestos á acoger su influencia del mismo modo que habían acogido á su persona, por más que en ellos estuviese muy lejos de igualar la unión de los intereses á la de las intenciones. Los representantes de las cortes secundarias, generalmente activos, bien informados y bastante acostumbrados á poner en lucha á los ministros de las cortes principales, porque les convenían las divisiones de éstos, se apresuraron á rodear á Mr. de Talleyrand, y ya directamente ó por conducto de Mr. de Dalberg le revelaron el proyecto que abrigaban los *cuatro* de apoderarse de la dirección de los negocios y sobre todo de entregar la Sajonia á la Prusia y la Polonia á la Rusia. Estas revelaciones fueron acompañadas de maliciosos comentarios respecto de la buena inteligencia en que se hallaban el rey de Prusia y el emperador de Rusia, del desacierto de lord Castlereagh y de la debilidad de Mr. de Metternich, dispuestos, según decían, á consentir que se cometiesen los más odiosos atentados contra el derecho público, el uno porque carecía de habilidad, y el otro porque no tenía valor para impedirlos.

Pocos días de espera hubieran bastado á Mr. de Talleyrand para ver desvanecido ante la insurrección general el proyecto de los *cuatro*; pero la resolución que le denunciaron los Estados secundarios, le llegó á lo vivo, y sin perder un momento, comenzó á expresar que la Francia, afianzada bajo la soberanía en el verdadero derecho, sería en Viena, si era preciso, la única representante, representante desinteresada, de este derecho; hallándose dispuesta á no consentir de ningún modo ciertas inconveniencias é iniquidades que se tratase de obligarla á consentir. Este lenguaje, usado sin ambages, produjo una viva sensación, agradó á los ministros de las cortes alemanas de segundo orden, irritó profundamente á los de Prusia y Rusia, y puso en gran apuro á los de las de Inglaterra y Austria, descontentos sin duda de la avaricia que inspiraban la Sajonia y la

Polonia, pero al mismo tiempo asustados por la tempestad que la Francia, al frente de las cortes de segundo orden, parecía próxima á suscitar.

Los diplomáticos á quienes disgustaba nuestra actitud, tan pronta y rápidamente tomada, y en particular los prusianos, dijeron por su parte que la Francia empezaba á desenmascararse; que al principio se había mostrado resignada con su nueva suerte, pero que ya no lo estaba, porque quería siempre poseer las riberas del Rhin; que no trataba más que de embrollarlo todo á fin de recobrarlas, y que si no permanecían fuertemente unidos para oponerse á sus planes, sufrirían grandes perjuicios. Nuestra legación, y el más activo de sus miembros, el duque de Dalberg, íntimamente ligado con los alemanes, contestaron á estas calumnias, exponiendo que la Francia no deseaba nada para sí, que no tenía ambición ni soñaba en engrandecerse; pero que no por eso creía verse imposibilitada de oponerse á unos aumentos de territorio tan excesivos como los que amenazaban la seguridad general de la Europa. Triste era tener tan pronto que recurrir á hacer semejantes protestas, viéndonos obligados á conformarnos con el comportamiento que, respecto de nosotros, se había tenido al llevarse á cabo las negociaciones de París. Por el contrario, con un poco de paciencia, y no descubriendo tan pronto nuestras intenciones, por llevarnos á su partido, hubiera cada cual fomentado nuestra ambición en vez de acusarla, y hubiéramos recibido ofrecimientos en vez de tener que hacer protestas de desinterés, que nos encadenaban á nuestra condición de entonces todavía más que el tratado de París.

De cualquier modo, lo cierto es que todavía no habían transcurrido ocho días desde la llegada á Viena de los plenipotenciarios y ya todos sabían sus respectivos secretos; se sabía que la Rusia ambicionaba poseer toda la Polonia y la Prusia toda la Sajonia; que buscaban en Francia un apoyo, que ésta le había ofrecido con el mayor celo; que el Austria y la Inglaterra, que se veían apuradas con este trastorno, persistían, á pesar de los designios sospechosos de la Rusia y de la Prusia, en obrar de acuerdo con estas últimas, sin darlo á conocer, y sin participación de las demás potencias. Así es que, bajo las apariencias de las fiestas, era muy viva la agitación, y la ansiedad profunda.

Difícil nos sería pintar la irritación y sobre todo el asombro del emperador de Rusia en aquellos momentos. Estaba tan persuadido de que la Europa le debía inmensos beneficios, que le costaba trabajo comprender la resistencia que se oponía á sus deseos. En su abatimiento, no veía por todos lados más que ingratos: en los alemanes, que se negaban á dejarle avanzar hasta el Óder; en los Borbones, que se negaban á poner en sus manos á su primo el rey de Sajonia, y por último en el Austria y en la Inglaterra, que apadrinaban por lo menos con su silencio los clamores que su conducta despertaba. Todo esto había cambiado de tal modo á Alejandro, que él, ordinariamente tan bondadoso y tan amable, se convirtió de repente en un hombre austero, altivo y desconfiado. Según él se expresaba, había hecho cuanto había podido por arrancar á la Francia de las manos de sus vencedores; había devuelto su trono á los Borbones y colocado á Mr. de Talleyrand al frente de los negocios, en el primer puesto;

había colmado de beneficios al país, al rey, al primer ministro, y en pago de todo esto, no recibía más que ingratitud de los unos y de los otros. Luis XVIII había manifestado tan poca consideración hacia su persona como hacia sus opiniones; no había escuchado ninguno de sus consejos; ni siquiera había pensado en ofrecerle el cordón azul, que se había apresurado á otorgar al príncipe regente de Inglaterra; le había negado el título de miembro de la cámara de los pares para Mr. de Caulaincourt, y oponía, por último, obstáculos casi ofensivos al enlace del duque de Berry con la gran duquesa Ana. El emperador Alejandro expresaba estos resentimientos con mucha cólera y poca discreción, pero le parecía aún más grave la actitud que Mr. de Talleyrand había tomado tan inesperadamente en Viena. El prudente conde de Nesselrode, consagrado siempre á sofocar las llamas que otros encendían, hubiera querido apaciguar al emperador Alejandro con todo el mundo, pero especialmente con la Francia, de la que apreciaba singularmente la alianza. Con este motivo, aconsejó á Mr. de Talleyrand que pidiese una audiencia al emperador. Dar este paso era casi un deber al llegar á Viena, y por otra parte agradaba á Mr. de Talleyrand, más dispuesto á extender sus atribuciones que á restringirlas. Pidió efectivamente la aconsejada audiencia, y Alejandro tardó bastantes días en contestarle. Al fin le respondió, y recibió al representante de la Francia en su palacio de Schönbrunn, donde habitaba. En vez de mostrarse como de ordinario afectuoso y familiar, acogió á Mr. de Talleyrand con altanería, lo que no confundió al ilustre diplomático, gran maestro en el arte de conservar su posición ante los potentados de la tierra. Le interrogó bruscamente acerca del estado de la Francia, como un hombre que no esperaba nada bueno de lo que allí pasaba, y que no estaba convencido de que la Europa hubiese tomado el mejor partido al llamar á los Borbones.

Mr. de Talleyrand respondió con respeto, pero con firmeza, á todas las preguntas del emperador Alejandro, y se empeñó entre los dos el fuerte diálogo incisivo que vamos á leer. «¿Cuál es la situación de vuestro país?—Muy buena, señor, tan buena como pudiera desear Vuestra Majestad, mejor de lo que podíamos esperar.—¿Y el espíritu público?—Mejorándose cada día.—¿Y el progreso de las ideas liberales?—En ninguna parte este progreso es más regular ni más cierto.—¿Y la prensa?—Es libre, señor, con algunas restricciones indispensables en los primeros tiempos.—¿Y el ejército?—Excelente..., tenemos ciento treinta mil hombres bajo nuestras banderas, y podemos tener trescientos mil en un mes.—¿Y los mariscales?—¿Cuáles, señor?—Oudinot.—Es adicto.—¿Soult?—Al principio estaba incomodado; le han dado la Breña y está satisfecho, y manifiesta una grande adhesión.—¿Y Ney?—Sufre por la pérdida de sus dotaciones, pero de Vuestra Majestad depende el poner fin á este sufrimiento.—¿Y vuestras cámaras?... Pretenden que no se avienen con el gobierno.—¿Quién ha podido decir tal cosa á Vuestra Majestad? Hay en todo principio algunas dificultades; pero después de veinticinco años de revoluciones, es un milagro haber llegado en algunos meses á la calma de que disfrutamos.—¿Y vos estáis contento de vuestra posición?—Señor, la confianza y las bondades del rey

sobrepujan á mis esperanzas.» A cada una de estas respuestas, á las que apenas daba tiempo de acabar, Alejandro dejaba ver en su rostro una expresión de incredulidad irónica. Pero abandonando de repente esta especie de interrogatorio acerca del estado de Francia, que habría concluído si la dignidad de Mr. de Talleyrand no hubiese corregido lo que su papel tenía de humillante, el emperador Alejandro le dijo con viveza: «Hablemos de nuestros negocios. ¿Los concluiremos?—Depende de Vuestra Majestad, dijo Mr. de Talleyrand, terminarlos con gloria, y con las mayores ventajas para la Europa.» El zar, conteniéndose apenas, manifestó tanta sorpresa como disgusto de la resistencia que encontraba por parte de la Francia, y dijo á Mr. de Talleyrand: «Me parece que los Borbones me deben algo.» Mr. de Talleyrand, sin negar las obligaciones del soberano á quien servía hacia Alejandro, le habló de los derechos de la Europa, que era preciso respetar, sobre todo después de haber destruído á un hombre á quien se acusaba por haberlos hollado todos. «Estos derechos de la Europa, respondió Alejandro, que en el día invocáis para oponérmelos, yo no los conozco. Entre potencias, los derechos son las conveniencias de cada uno, y yo no admito otros.» Entonces Mr. de Talleyrand, volviendo el rostro, y levantando las manos, exclamó: «¡Desgraciada Europa, desgraciada Europa!, ¿qué va á ser de ti?» El emperador, más irritado que contenido por esta exclamación significativa, contestó á Mr. de Talleyrand, con un tono que éste no había oído jamás: «Y bien, si es así, ¡la guerra, la guerra! Tengo doscientos mil hombres en Polonia, ¡que vengan á arrojarme de ella... Por otra parte, cuento con el consentimiento de todas las potencias; vosotros solos sois un obstáculo, y destruí una armonía casi unánime.» Durante el imperio, Mr. de Talleyrand había tenido que sostener los asaltos de un león más temible que Alejandro. Los arrebatos del zar le dejaron más afligido que confuso, y respondió que la Francia no deseaba la guerra ni la temía; pero que si por desgracia era preciso emprenderla, esta vez la haría por el sostén de los derechos de todos, ayudada con la simpatía universal y con el concurso de muchos aliados, pues tenía la certeza de que el acuerdo con que se lisonjeara el emperador no existía. Después de esta penosa conversación, Mr. de Talleyrand, inclinándose respetuosa pero fríamente, se dirigió hacia la puerta del gabinete imperial. Alejandro entonces avanzó á él y le tomó la mano, pero con un movimiento convulsivo, que revelaba más su confusión que su cólera.

En estas situaciones difíciles para representar á una gran potencia ante otra, era donde Mr. de Talleyrand no tenía igual: si efectivamente los intereses de la Francia estaban entonces sobre el Elba y el Vístula, no sobre el Rhin y los Alpes, jamás se la había servido mejor ni con más valor.

Los últimos días de septiembre se emplearon en fiestas y en formular propósitos. Era preciso al fin reunir oficialmente el congreso, bajo una ú otra forma, en totalidad ó en parte. Los representantes de la Rusia, Prusia, Austria é Inglaterra, MM. de Nesselrode, de Hardenberg, de Metternich y Castlereagh, los *Cuatro*, como se les llamaba, llegaron los primeros, tanto más afanosos de dirigir entre ellos los negocios cuanto más

parecían complicarse. Habían procurado saber cuál sería el medio que adoptarían para la formación del congreso, y se habían puesto secretamente de acuerdo en la manera de proceder mejor para sus fines.

Los más célebres congresos de los tiempos antiguos ofrecían precedentes de distinta naturaleza, y difícilmente aplicables á aquellas circunstancias. Jamás se había visto á los representantes de todos los Estados reunidos para disponer casi del mundo civilizado, no sólo como territorio sino como constitución. Los plenipotenciarios que compusieron el congreso de Westfalia no habían tenido que ocuparse más que de la Alemania, después de la Europa, y aun casi de dos mundos. Parecía, sin embargo, que reunir los ministros de los diversos Estados para deliberar en común, era lo que podía hallarse de más sencillo. Pero, ¿cómo hacerlos deliberar acordes sobre asuntos que interesaban á unos sobremanera y que en los otros sólo excitaban indiferencia? ¿Cómo hacer deliberar, por ejemplo, á Berna sobre Portugal, á Portugal sobre Noruega, á una y otra sobre la constitución de Alemania y de Italia? ¿Cómo dar el mismo valor á un voto que representaba cincuenta millones de hombres que á otro que no representaba más que un millón, y con frecuencia aún menos? Y si se tenían en cuenta estas diferencias, ¿cómo calcularlas con suficiente precisión? Evidentemente esto era imposible, y no se podían reunir los plenipotenciarios de las potencias en una especie de *Constituyente* europea, pues si allí había algunos como los de Austria, Prusia, Francia, Inglaterra y Rusia, á quienes todos los intereses, grandes y pequeños, los movían igualmente; la mayor parte, por el contrario, representaban intereses ó muy extraños los unos de los otros, ó demasiado insignificantes para alcanzar de la asamblea un sufragio á la vez ilustrado y suficientemente proporcional. Además habría allí plenipotenciarios á quienes unos querían admitir, y otros desechar. De este modo, la Prusia y la Rusia rechazarían al ministro del rey de Sajonia, condenado de antemano por ellas como merecedor de haber perdido la corona; las dos casas de Borbón rechazarían al enviado del rey de Nápoles, como el representante de un usurpador, y nadie en fin quería admitir el fundamento de los poderes de la antigua república de Génova, cuya existencia no reconocían. Una reunión general y común era, pues, imposible, y lo que era más natural, es que los signatarios del tratado de París, que se habían dado cita en Viena, se apoderaran del papel que habían representado las potencias mediadoras en los anteriores congresos y se constituyesen en intermediarios, y en caso de necesidad, en árbitros entre los interesados. Así los ocho signatarios del tratado de París podían abrir el congreso, ratificar los poderes, formar para cada cuestión comités compuestos de los principales interesados, instituirse árbitros en los asuntos difíciles, llevar las cosas á un buen acuerdo y, después de haber preparado sobre cada punto tratados especiales, reasumirlos en un tratado general que todos los Estados sin excepción firmarían para encadenar á la Europa entera á su obra. Es verdad que entre los ocho signatarios, dos, el Portugal y la Suecia, iban á encontrarse vestidos de unos poderes de grandes potencias que no estaban en armonía con su fuerza real, y que debían á circunstancias accidentales que las habían autorizado, á título de beligerantes, á

firmar la paz del 30 de mayo con la Francia. Pero después de todo, el inconveniente no era muy grave, y tenían la ventaja hasta cierto punto de apoyarse en un título legal, haciendo intervenir á los ocho signatarios que habían convocado el congreso.

Evidentemente esta forma era la única practicable, la única buena, á condición, sin embargo, de que ciertas potencias no abusasen para abrogarse toda la influencia, y fué por tanto preferida por los plenipotenciarios de la Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, ocupados en concertar entre ellos la manera de proceder. Estos convinieron en que se esforzarían en hacerla prevalecer entre la multitud de representantes de la Europa reunidos entonces en Viena.

Resuelta así esta cuestión de forma, quedaban pendientes dos cuestiones de fondo de la más alta gravedad: la repartición de inmensos territorios sin dueño y la constitución definitiva de la Alemania. Lo concerniente á la Suiza y á la Italia tenía sin duda su importancia, pero importancia especial, é interesante exclusivamente á la Francia, al Austria y á la España. De esto pensaron que habría tiempo de ocuparse más tarde, cuando estuvieran arreglados los dos principales negocios. Así, pues, se convino entre los *cuatro* que harían tomar la iniciativa á los ocho signatarios del tratado de París para la apertura del congreso, y que en seguida se crearían dos comités, uno para la distribución de los territorios y los negocios generales de Europa, y el otro para la constitución de la Alemania. El primero, destinado á ser el gran comité europeo, debía desde luego comprender á los *cuatro*; pero era imposible que dejara de entrar en él la Francia, y con la Francia, que representaba en aquella época la primera casa de Borbón, la España, que representaba la segunda; la España, que esperaban que estaría con ellos, porque era la España, porque tenía á Fernando VII por rey, y porque se sabía que las dos casas de Borbón estaban enemistadas. En fin, fué convenido que aunque llamando por la forma á estas seis potencias al gran comité europeo, tendrían siempre cuidado, antes de someterles las cuestiones esenciales, de decidir las secretamente entre los *cuatro*, lo que sería un medio seguro de conservar la dirección exclusiva de los negocios, puestos en apariencia bajo la dirección de todos.

En cuanto á los asuntos alemanes, resolvieron confiarlos al Austria y á la Prusia, que representarían con relación á ellos el papel que los *cuatro* creían representar con relación á los negocios europeos, y por consecuencia, los decidirían secretamente entre ellas dos, y después por fórmula los someterían á las potencias alemanas de segundo orden, tales como la Baviera, Wurtemberg y Hannover. (Este último Estado había sido restablecido y constituido en reino en provecho de la casa reinante de Inglaterra.)

La Sajonia estaba más ó menos condenada en el pensamiento de los *cuatro*, y muy insignificante para todos, no debía formar parte del comité alemán, lo mismo que los dos Heses, que no estaban aún restablecidas, y la casa de Baden, que no se la consideraba de bastante importancia para que tuviese entrada en el congreso.

Tal había sido el resultado de las primeras conferencias entre los ministros de las cuatro grandes potencias